

SAAVEDRA, ÁNGEL DE. DUQUE DE RIVAS (1791-1865)

*ALIATAR*

PERSONAS

ALIATAR, alcaide de Aljama  
DOÑA ELVIRA, cautiva castellana  
DON GARCÍA, ricohome de Castilla  
ZAYDE, caudillo moro  
ISMÁN, esclavo judío  
CALEB, esclavo judío  
LAURA, confidenta de Doña Elvira

*Esclavos moros. Soldados castellanos.*

La escena es en el castillo de Aljama, en un salón de paso. La acción empieza a las ocho de la mañana y concluye antes de medianoche.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Ismán y Caleb

CALEB.  
¿Qué me dices, Ismán?... Osado fuiste  
de penetrar el enemigo campo?...  
¿Y cuál fue tu intención?...

ISMÁN.  
Caleb, al punto,  
al punto lo sabrás. Mas dime: ¿acaso  
advirtieron mi ausencia en el castillo?  
¿Por ventura, Aliatar ha sospechado  
de mi tardanza..., o Zayde...?

CALEB.

Nada temas.

Todos, y yo también, imaginando  
que a Granada marchaste, cual decías,  
de tu tardanza nada recelamos.

Así extrañar no debes que me pasme,  
al escuchar de tu confuso labio,  
que no fuiste a Granada, y que ora vienes  
de en medio del ejército cristiano.  
Mi confusión aclara, dime...

ISMÁN

Escucha,

Caleb: ¿conoces el humilde estado  
en que aquí la fortuna nos agobia?  
¿Vives contento, di, viéndote esclavo,  
y esclavo como yo, de estos feroces  
altivos musulmanes?

CALEB.

¿Y pensarlo  
puedes acaso, Ismán?

ISMÁN.

Jamás; no ignoro  
que aún no olvidaste nuestro origen claro.  
Aunque de esclavitud los eslabones  
oprimen nuestro cuello y nuestras manos,  
que así place al rigor del hado injusto,  
ni tú ni yo, Caleb, nunca olvidamos  
que de aquellos varones descendemos  
que de Canaan el suelo conquistaron;  
de Benjamín la esclarecida sangre  
por tus venas circula, y circulando  
en mí la de Judá, late en mi pecho  
y me recuerda siempre

CALEB.

Ismán, no alcanzo  
cuál puede ser tu intento en repetirme  
memorias que mi pecho atormentado  
me acosan sin cesar, y siempre tienen  
de lágrimas mis ojos inundados.  
Cada vez que ilumina el horizonte  
la nueva luz del sol, más aciago  
es para mí su refulgente brillo  
viéndome reducido a tal estado,

pues tan infame yugo...

ISMÁN.

Y si un momento  
favorable encontraras de lanzarlo,  
¿lo abrazarás, Caleb?

CALEB.

Y qué, ¿lo dudas?

ISMÁN.

Pues fortuna con él te está brindando.

CALEB. (Con asombro)

Ismán

ISMÁN.

¿Tienes valor para ayudarme?

CALEB. (Inquieto).

Acaba...

ISMÁN.

¿Juras por el nombre santo  
del dios Abraham y de Jacob, secreto?

CALEB.

Lo juro, Ismán, lo juro...; inquieto aguardo  
que acabes de explicarme...

ISMÁN.

Pues escucha:

recordarte no juzgo necesario  
que el día en que de Aljama las almenas  
ha dos meses altivas atacaron  
las esforzadas huestes españolas,  
siendo su intento y su denuedo en vano;  
al volver Aliatar a estas murallas,  
la sien orlada en victorioso lauro,  
de trofeos cercado y de cautivos,  
a la infeliz Elvira entre ellos trajo;  
a esa linda y amable castellana,  
que hoy es de toda Aljama el dulce encanto.  
Tampoco ignoras, ¡oh Caleb!, que al punto  
de tanta gracia y singular belleza,  
moderó su altivez, templó su trato,

y, en lugar de tenerla por esclava,  
la tiene por señora; pero en vano  
busca correspondencia, pues Elvira,  
llena de noble orgullo castellano,  
como sabes, Caleb, desoye el ruego  
del altivo Aliatar, sólo anhelando  
su rescate, y volver...

CALEB

Ismán, no ignoro  
que Aliatar del amor siente el estrago.  
Mil veces yo le he visto ante las plantas  
de la hermosa cautiva arrodillado  
decirle su pasión...

ISMÁN.

¿Y Elvira?

CALEB.

Siempre,  
siempre desprecia con rigor extraño  
del alcaide el amor. Siempre...

ISMÁN.

¡Ay amigo!

Pues no sólo Aliatar vive penando  
por esa encantadora castellana.

CALEB.

Pues qué, ¿Zayde tal vez...?

ISMÁN.

¡Ah! Los encantos  
del amor propios son de corazones  
más sensibles, más dulces y más blandos  
que el de ese hombre feroz. Caleb, no es Zayde,  
es Ismán, es Ismán...

CALEB. (Con asombro)

¿Quién?... ¿Tú?...

ISMÁN.

¿Y acaso  
de amar me juzgas incapaz?... ¿O piensas  
que es mi pecho, Caleb, de duro mármol?  
Por doña Elvira en amorosa llama

arde mi corazón.

CALEB.

¡Ismán!... ¿A tanto  
osaste encaminar tu pensamiento?...  
¿Cómo corresponder podrá a un esclavo,  
a un hebreo infeliz esa cristiana?

ISMÁN.

Escúchame hasta el fin. Propicio el hado  
dispone, por tu bien y por el mío,  
que pueda ser mi amor a Elvira grato,  
al menos, bien fundadas esperanzas  
tengo, amigo Caleb, para intentarlo;  
oye y te asombrarás. Tal vez mis ojos  
con los divinos suyos se encontraron.  
me vio llorar su infortunada suerte,  
me lamenté de su infelice estado,  
me dediqué a servirla y respetarla,  
obsequioso cumplí con sus mandatos;  
en fin: logré su confianza, y sólo  
por demostrarle el fuego en que me abraso  
vengo de dar por ella en este instante  
fiel cumplimiento a un importante encargo,  
y tan arduo, Caleb, que no es posible  
que te atrevas siquiera a imaginarlo;  
pero que de él tu libertad, la mía  
y mi ventura sin recelo aguardo.  
Ayúdame y verás...

CALEB.

Mas ¿de qué modo?

ISMÁN.

Se trata de poner a Elvira en salvo.  
Por mí, lo ha de lograr. ¿Y agradecida  
podrá negarme, di, luego su mano?  
No ignoras mi nobleza, entonces puedo  
hacer alarde de mi origen alto.

CALEB.

Y ¿cómo, Ismán, el conseguir pretendes...?

ISMÁN.

Ya está dado, Caleb, el primer paso.  
Mi ausencia fue a Sevilla, donde un pliego

llevé de Elvira (pásmate) a su hermano,  
ricohome esclarecido, el más valiente  
que tiene entre su Corte el rey don Sancho.  
Le enteré de la suerte...; pero Elvira  
se acerca a este lugar, y es necesario  
que no conozca que de ti el secreto  
tan presto confié; disimulando

CALEB.

Me ausento al punto, Ismán, y entre mil dudas  
el fin de tu intención saber aguardo.

## ESCENA II

Ismán, Elvira y Laura

ELVIRA.

Ismán, Ismán, te vi desde mi estancia,  
y ansiosa vengo a que tu amigo labio  
mi pecho tranquilice. Acaba, dime:  
¿me llamaré feliz?... ¡Ay cuánto, ay cuánto  
temió mi corazón de tu tardanza!  
Dime...

ISMÁN.

Señora, ¿en este sitio hablaros  
sin zozobra podré? ¿Podré seguro?

ELVIRA.

Nada temas, Ismán, solos estamos.  
¿Hallaste a don García?

ISMÁN.

Mi ventura  
proporcionóme grata el encontrarlo.  
Sin que nadie mi intento descubriese,  
llegué a Sevilla y conocí a tu hermano,  
y al entregarlo el pliego vi en sus ojos  
el fraternal cariño retratado.  
Dudó primero del mensaje mío  
porque muerta os juzgaba; y derramando  
lágrimas de ternura y de contento,  
besó el papel, en delicioso llanto  
gozoso le empapó: dos y tres veces

leyó y tornó a leer, y asegurado  
de que era tuyo el pliego, conociendo  
los caracteres que trazó tu mano,  
dijo: «¿Mi Elvira vive? Soy dichoso,  
sus férreos grillos romperá mi brazo». Pintéle de Aliatar la horrenda llama,  
tu noble resistencia, y suspirando  
me preguntó mil veces si tu pecho...

ELVIRA.

Pues qué, ¿llegó a dudar...?

ISMÁN.

Jamás; tu hermano  
conoce bien tus altos pensamientos.  
Pero escucha y verás, que ya apiadado  
el Cielo de tu pena y tus sollozos,  
quiere que tenga fin tu llanto amargo.  
En cuanto el animoso don García  
supo de este castillo el mal estado,  
su corta guarnición, y que Granada,  
dividida al presente en fieros bandos,  
no podrá socorrer este recinto,  
juntó su hueste, y su pendón alzando,  
determinó librarte a viva fuerza,  
venciendo estas murallas por asalto.  
Esta fue mi tardanza, porque quiso  
que yo viese aprestar lo necesario,  
y que su guía fuese, cual lo he sido,  
dirigiendo su marcha hasta este campo  
por ocultos caminos. Y esta noche,  
con mil peones y con cien caballos,  
sorprenderá de Aljama las almenas,  
triunfará de Aliatar, te pondrá en salvo,  
y todos lograremos...

ELVIRA.

¡Ah! ¿Te burlas?

ISMÁN.

¿Dudas de mi verdad?... ¿Dudas? Tu hermano  
está, señora, oculto con su hueste  
en ese bosque que miráis cercano,  
pendiente de mi aviso.

ELVIRA. (Enajenada de gozo)

¿Tan cerca? ¡Ay Dios!  
Y dime: ¿no hay peligro...?

ISMÁN.

Sosegaos.

Nada temáis, bellísima cristiana;  
pero escuchadme más. Decid: ¿acaso  
sale hoy, cual suele, a perseguir las fieras  
el alcaide Aliatar?

ELVIRA.

Ya los caballos  
mandado ha prevenir.

ISMÁN.

Pues al momento  
que se ausente Aliatar vendrá tu hermano  
a verte en este sitio.

ELVIRA. (Con sorpresa)

¡Ay Dios! ¿A verme?

ISMÁN.

A veros, doña Elvira. Disfrazado  
con el morisco traje en estos muros  
yo le he de introducir.

ELVIRA.

Y qué, ¿lograrlo  
podrás sin exponerlo ni exponerte?

ISMÁN.

Señora, descuidad. Al punto parto  
a disponer de modo que, sin susto,  
en yéndose Aliatar, venga a tus brazos;  
mas decidme, divina castellana:  
¿son mis servicios a tu pecho gratos?  
Decidme: ¿conocéis que Ismán, rendido,  
sólo anhela serviros y agradaros?  
¿Mi afecto premiaréis?

ELVIRA.

Jamás podría  
mi eterna gratitud, Ismán, dejaros  
sin recompensa. No... Mas ¿por qué tardas?  
Vuelve otra vez a verte con mi hermano;

anda, y tráemelo al punto; anda, y tan sólo  
que obres con gran cautela, Ismán, te encargo.

ISMÁN.

Voy, doña Elvira; pero ved que es fuerza  
del honrado Caleb el confiarnos;  
ahora quiero decirle...

ELVIRA.

Cuanto juzgues  
que es oportuno, Ismán.

ISMÁN.

Es necesario.  
Pero decidme, Elvira: ¿el alto premio  
que con tanto peligro estoy ganando,  
me lo concederéis?

ELVIRA.

Ismán, descuida.

ISMÁN.

Por vuestro hermano voy.

ELVIRA.

Con él te aguardo.

### ESCENA III

Elvira y Laura

ELVIRA.

Amiga Laura, Laura... y qué, ¿me niegas  
el dulce parabién?... Llega a mis brazos.  
El Cielo, que jamás al inocente  
niega su protección, de nuestro llanto  
apiadado por fin, hoy nos concede  
remedio a tanto mal. Sí... Ya cesaron  
nuestras amargas lágrimas... Piadoso,  
va a poner fin a suspirar tan largo.  
¿Callas?... ¡Laura!...

LAURA.

¡Señora!...

ELVIRA.

Pues qué, ¿dudas  
de mi constante amor?... Vuela anheloso  
con sus valientes tropas a librarnos.

LAURA.

¡Señora!... No lo dudo...

ELVIRA.

Acaso, Laura,  
¿temes que no podrá verificarlo?  
Bien ves cómo está Aljama; no recela  
que tiene el enemigo tan cercano.  
Desprovistas están estas murallas,  
y Granada, discorde entre dos bandos,  
no puede socorrer

LAURA.

Sí; lo conozco.

ELVIRA,

Pues bien, Laura; ¿a quién temes?...

LAURA.

A ese esclavo.  
¿Juzgas que el exponerse hasta tal punto  
lo hace por compasión de nuestro estado?  
¿No conoces, Elvira, que su pecho  
arde en amor por ti?... Todos sus pasos  
harto lo manifiestan... ¿No advertiste...?

ELVIRA.

Laura, en pechos tan viles y tan bajos  
nunca cupo el amor. Ismán tan sólo  
su libertad pretende y ser premiado  
con oro, y nada más.

LAURA.

Será, señora;  
pero en mi fantasía estoy mirando  
horrores y peligros, sangre y muerte;  
ese atrevido hebreo ha colocado  
su pensamiento en ti. Cuando descubra  
que el noble don García no es tu hermano,  
como imagina, entonces vengativo

ELVIRA.

Son tus celos, Laura amiga, vanos.

LAURA.

Bien sabes, doña Elvira, que yo siempre me opuse a que le dieras tal encargo.

ELVIRA.

Pero, aunque fuera lo que dices, Laura (que es locura tan sólo imaginarlo), nada recela Ismán de don García, pues vive persuadido a que es mi hermano. Bajo este nombre le llevó mi carta, y don García, como noble y cauto, le aseguró en su error. Y pues la suerte mi astucia felizmente ha coronado, ¿qué debemos temer? Cuando Ismán llegue a conocer su necio y torpe engaño será después que, rotas las cadenas, nos encontremos ya todos en salvo.

LAURA. (Sorprendida).

Disimulad, señora, que se acerca el bárbaro Aliatar. Tened cuidado no advierta en tu semblante...

ELVIRA.

¡Ay Dios!

#### ESCENA IV

Elvira, Laura y Aliatar

ALIATAR.

Elvira,  
¿será que alguna vez risueño y grato  
tu rostro encantador mis ojos vean?  
¿Advertiste lo inútil de tu llanto?  
¿Conoces que el Destino favorable  
con la felicidad te está brindando,  
si accedes a mi amor?...

ELVIRA.

Jamás. Mi pecho  
os respeta, señor; mas nunca amaros  
podrá mi corazón. Soy vuestra esclava;  
mas si place al Destino.

..

ALIATAR.

Elvira, ¿acaso  
os considero yo cual mi cautiva?  
¿No sois el dulce objeto que idolatro?

ELVIRA.

Vuestro empeño dejad; tratadme, os ruego  
como esclava, y no más. Ceñid mis manos  
con férreos eslabones y mi cuello  
con el yugo cruel. Dadme igual trato  
que a los demás cautivos; exigidme  
para rescate mío todo cuanto  
pueda saciar vuestra ambición, pues sólo  
cobrar la libertad está anhelando  
mi triste corazón.

ALIATAR.

¿El amor mío,  
ingrata, despreciáis?... Serán en vano  
vuestros esfuerzos por salir de Aljama.  
Ni todo el oro que en el suelo arabio  
pródigo engendra el sol, ni las riquezas  
que esconde el hondo mar, a rescataros  
bastantes podrán ser. No; que mi dicha  
consiste en poseeros y agradaros;  
en poseeros, sí.

ELVIRA.

Pues qué, ¿te gozas  
de mi estado infeliz y de mi llanto?  
Tú logras alto nombre y poderío;  
estos muros respetan tus mandatos;  
victoria te protege en los combates;  
rendidos a tus plantas cien esclavos  
a respetar y obedecer ves siempre  
tus más leves caprichos dedicados,  
¿y nada te complace, sino sólo  
de una esclava infeliz el lloro amargo?

ALIATAR.

Y qué, ¿eterno ha de ser? Llegará un día

en que, depuesto ese desdén tirano,  
os avengáis gustosa

ELVIRA.

Nunca, nunca.

Me horrorizo de sólo imaginario.

ALIATAR.

¡Cuánto os adora, castellana altiva,  
mi triste corazón!... Lograr aguardo...

ELVIRA.

Tened otro lenguaje a vuestra esclava.

ALIATAR. (Queriéndole tomar una mano).

Y ¿qué os podré decir sino que os amo?

¡Cruel! ¡Cruel!... al menos, agradece...

ELVIRA.

A Dios quedad, señor. Amiga, vamos,  
que mi nobleza y mi valor mancillo  
tan sólo de sufrirlo y escucharlo.

## ESCENA V

Aliatar, solo

ALIATAR.

¡Qué orgullo! ¡Qué altivez! Pero ¡oh cuán bello  
es su semblante de rubor bañado!

¡Infelice de mí, que en viva llama  
de amorosa pasión mi pecho abraso!

¿Soy aquel mismo que la dura lanza  
y la ardiente cuchilla fulminando,  
triunfó glorioso en las sangrientas lides,  
destruyendo el poder de los cristianos?

¿Soy quien burló de amor, y ora me encuentro  
de una cautiva infiel mísero esclavo?

¿Y no he de conseguir correspondencia  
de esa altiva mujer? ¿Serán en vano  
tanto obsequio debido a su hermosura,  
mis lágrimas, mi amor... y mis halagos?  
Mas ¿qué dije? ¡Ay de mí!, si no consigo  
que esta esclava infeliz a mis conatos

corresponda, cual debe, a viva fuerza  
triunfar espero de su ceño ingrato.  
¿No soy dueño y señor de estas murallas?  
¿No tiemblan todos mi absoluto mando?  
Pues, ¿quién será capaz de resistirse  
a mis caprichos?... ¿Quién? Lograr aguardo  
por medio del poder lo que no puedo  
con dulce amor, con obsequioso trato...

## ESCENA VI

Aliatar, pensativo, y Zayde

ZAYDE.

Todo lo tienes, Aliatar, dispuesto  
para salir al monte. ¿En qué tardamos?  
¿Pero tú triste, y pensativo, y mudo?...  
Me avergüenzo de verte en tal estado.  
¿Es digno del alcaide de estos muros  
tanta alucinación?... ¿Eres acaso  
aquel bravo Aliatar, aquel caudillo  
de España horror, del cristianismo espanto?  
¡Cuán distinto te vi, cuán diferente  
la corva cimitarra descargando,  
cuando, ha dos lunas, a tus pies rendiste  
los soberbios infantes castellanos!  
Entonces eras digno descendiente  
de Muza y de Tarif, digno africano.  
Mas, ¡oh baldón!, desde el fatal momento,  
desde el momento triste y aciago  
que a este recinto la enemiga suerte  
a esa esclava infeliz, por tu mal trajo,  
tú mismo afrentas tu pasada gloria,  
tú mismo arrancas a tu frente el lauro.

ALIATAR.

Bien lo conozco, Zayde, lo conozco.  
Mas ¿quién resiste el amoroso encanto?  
Mi pecho arde en amor

ZAYDE.

De una cautiva.  
¿Y no te da rubor de confesarlo?  
¡Aliatar! ¡Aliatar!

ALIATAR.  
¡Ah Zayde!

ZAYDE.  
¡Oh mengua!  
Yo juzgaba que, ya desengañado,  
pensabas sólo en tu deber. Juzgaba  
que, persuadido a mis consejos sabios,  
tomaras el rescate cuantioso  
con que te está la esclava convidando  
y aumentando tu fama y tus riquezas...

ALIATAR.  
Basta, Zayde; marchémonos al campo.

## ACTO SEGUNDO

### ESCENA PRIMERA

Elvira y Laura

ELVIRA.  
¿Vendrá? ¡Laura!, ¿vendrá?... ¡Cuán impaciente  
verse en sus brazos mi cariño espera!  
Siglos se me figuran los instantes;  
temo el contrario influjo de mi estrella.  
¿Será que mis amantes tristes ojos  
a ver al dueño por quien arden vuelvan?

LAURA.  
¿Y lo dudas, señora?... Pues ¿qué temes?

ELVIRA.  
Los pechos que de amor el fuego alienta  
siempre dudan lograr lo que apetecen,  
siempre temen perder lo que desean.  
¿No tarda, di, no tarda don García?

LAURA.  
No, señora; no tarda...

ELVIRA.

Anda y observa  
desde esa estancia que domina el muro  
y que da vista a la cercana vega,  
el camino del bosque, y cuando acaso  
venir dos hombres hacia Aljama veas,  
al momento me avisas.

LAURA.  
Te obedezco.

## ESCENA II

Elvira, sola

ELVIRA.  
¡Ah!... ¡Cuánto duda quien su dicha espera!  
Pero ¿ya qué recelo, cuando el hado  
a mi favor propicio se demuestra?  
Hoy, ¡oh placer!, mis ojos, que afligidos,  
empañados de llanto y de tristeza,  
girar dos veces de la tierra en torno  
la blanca luna sin consuelo vieran;  
hoy, al objeto que mi pecho adora  
sin recelo verán; verán deshechas  
del bárbaro Aliatar las asechanzas,  
y rotas para siempre mis cadenas.  
¡Ay Santo Cielo!... ¡Cuál será mi gozo  
al pisar nuevamente las riberas  
que riega el Betis espumoso, en donde  
gozó mi vista de la luz primera!  
Mas ¡ah grata ilusión! Tal vez el hado  
burlará mi esperanza y más funesta  
será mis triste suerte, cuando creo  
que tanta dicha a consolarme llega.  
Ya el claro sol su refulgente lumbre  
en medio de los cielos nos presenta,  
y aún no viene mi amado don García.  
¡Ay!... ¿Si Aliatar...?

## ESCENA III

Elvira y Laura

LAURA.  
Señora, ya se acercan  
al pie del muro...

ELVIRA. (Sobresaltada)  
¿Quién?

LAURA.  
Dos hombres solos  
que vi salir de la vecina selva.  
Ismán y don García son, sin duda.

ELVIRA.  
(Con gran conmoción). ¡Ay!... ¿Le verán entrar? ¡Laura!...

LAURA.  
Sosiega  
tu extrema agitación.

ELVIRA.  
¡Ah!... ¡Cuál palpita  
mi amante pecho... Pero ¿quién se acerca?

LAURA.  
Ismán, señora, con Caleb.

#### ESCENA IV

Ismán, Caleb, Elvira y Laura

ISMÁN.  
Elvira,  
ya he dado cumplimiento a mis ofertas,  
ya está tu hermano dentro de estos muros.  
Reconociendo cuidadoso queda  
la parte menos fuerte del castillo,  
y para entrar a verte, sólo espera  
que Caleb le conduzca, por si acaso  
hay algún musulmán que verle pueda.

ELVIRA.  
¡Ismán!... Anda, Caleb... Entre al momento.  
Nadie le puede ver.

ISMÁN.

Yo estaré alerta  
en la torre más alta del castillo,  
por si acaso Aliatar el monte deja.  
Y tú, Caleb, conduce a don García  
a este lugar, y aquí con ellos queda  
(A Caleb, con recato)  
sin perderlos jamás de ante tu vista,  
ocultándote de ellos como puedas,  
no se fuguen tal vez, y de este modo  
dejen burlada mi esperanza. Vuela.

CALEB.

Te entiendo, Ismán.

## ESCENA V

Los mismos, menos Caleb

ISMÁN.

Caleb, noble cristiana,  
va por tu hermano ya. Tu pecho aquieta,  
que voy a observar no vuelva acaso  
el alcaide feroz y nos sorprenda.

ELVIRA.

Sí, honrado Ismán; en ti sólo confío:  
avísame en notando

ISMÁN.

Nada temas.

## ESCENA VI

Elvira y Laura

ELVIRA.

¡Si volverá Aliatar!... Querida Laura,  
anda a observar también por las almenas  
si viene ese feroz, pues tal vez puede  
que se descuide Ismán...

LAURA.  
Segura queda.

## ESCENA VII

Elvira, García y Caleb.

García saldrá con un albornoz que dejará caer al abrazar a Elvira

GARCÍA.  
¡Elvira idolatrada!

ELVIRA.  
¡Don García!

(Se abrazan con gran ternura).

CALEB  
(Aparte). No puedo ver sin lágrimas la extrema  
conmoción que reluce en los semblantes  
de estos tiernos hermanos; cuál expresan  
su gozoso cariño, notar quiero,  
y observarlos también sin que lo adviertan.

(Se esconde sin salir de la escena).

GARCÍA.  
¿Es cierto, ¡oh Dios!, es cierto que mis ojos  
vuelven a verte, Elvira amada?... Apenas  
juzgo verdad tan desigual ventura.

ELVIRA.  
¡Cielos!... ¿Tienen ya fin mis largas penas,  
mi amargo llanto, mi continuo susto?

GARCÍA.  
¿Estaremos seguros?... ¿No sospechas,  
divina Elvira, que escuchar acaso  
nuestro razonamiento alguno pueda?

ELVIRA.  
Descuida, don García. Favorable  
en todo la fortuna se nos muestra.

GARCÍA.

¿No has olvidado nunca, hermosa Elvira,  
mis lágrimas, mi amor y mi ternura?...

ELVIRA.

¿Y lo dudas?... ¡Ay Dios!... Sin tu cariño  
ni libertad ni vida apeteciera.

Mas di: ¿cómo saber jamás pudiste  
que yo estaba en Aljama entre cadenas?

GARCÍA.

Después que derrotados, no vencidos,  
del sangriento Genil en las riberas  
recogimos los restos castellanos,  
supimos luego la terrible nueva  
de que los moros, fieros y orgullosos  
con el aciago fin de nuestra empresa,  
sobre el tercio que heroico gobernaba  
tu padre, denodados resolvieran,  
algunos fugitivos nos dijeron  
de aquella hueste la inmortal defensa;  
pero que, al fin, cerrada y combatida,  
no pudo resistir tan grandes fuerzas;  
de tu glorioso esclarecido padre,  
nos contaron, llorosos, la funesta  
muerte, y que a ti también el duro acero  
cortó la vida con crueldad acerba,  
sorprendiéndote sola con tus damas  
y descuidada dentro de tu tienda.  
Yo, traspasado de dolor, ansiando  
cerciorarme del todo, la violencia  
de los contrarios hados maldiciendo,  
torné a correr, buscándote en la vega.  
Por ti pregunté en vano a los cautivos,  
en vano a todos por mi cara prenda;  
pues todos, todos, de tu muerte sólo  
por mi mayor tormento daban señas.  
Volví a Sevilla con el rey don Sancho,  
la crueldad lamentando de mi estrella,  
a llorar, y llorar sólo entregado,  
lleno el pecho de luto y de tristeza,  
sin luz y sin consuelo y sin reposo,  
sirviéndome de cargo mi existencia,  
hasta que el Cielo, que jamás olvida  
los tormentos que sufre la inocencia,

me deparó a ese esclavo con tu carta,  
iris de paz en tan cruel tormenta.  
Mas dime: ¿cómo cautivada fuiste?  
¿Cómo viniste aquí? Mi pecho anhela  
saber

ELVIRA.

Escucha, amado don García;  
escucha mis desgracias y mis penas:  
sabes que siempre a mi adorado padre  
acompañaba en todas sus empresas,  
y que vine con él a estos contornos  
a sufrir de los hados la inclemencia.  
Ciertamente, después que a los infantes  
arrollaron los moros, las banderas  
de mi padre atacaron, que, gloriosas,  
de sol a sol gallardas combatieran  
hasta que muerto, ¡oh Dios!, mi amargo llanto  
permitid que mis ojos humedezca  
al recordar tal padre y tal caudillo.  
Murió.... ¡cielos!, murió... de gloria eterna  
cubierto, y como mueren los honrados.  
Y al punto se miró rota y deshecha  
la hueste antes invicta. Yo infelice  
estaba sola dentro de la tienda,  
el éxito esperando del combate,  
pues la victoria imaginaba cierta,  
cuando vi que de lunas y turbantes  
por todos lados se inundó la vega;  
y al mirarlos triunfantes y orgullosos,  
resonando añafiles y trompetas,  
pasmada, sin aliento, confundida,  
pienso en fugarme; cercada, abrirme paso;  
pero todo fue en vano... ¡Injusta estrella!  
Los bárbaros me estrechan y me rinden;  
cargan mi débil cuello de cadenas;  
a este castillo, esclava, me conducen,  
y en él furiosos con rigor me encierran;  
desde entonces llorar fue mi delicia,  
no el cautiverio, no; sólo tu ausencia.  
¡Ay triste!... ¡Cuántas veces he intentado  
de mi infeliz estado darte cuenta!  
Mas siempre fue sin fruto, hasta que el Cielo  
me deparó ese esclavo! ¡Ay de mí, necia!  
¿A qué te canso ahora, refiriendo  
llantos ya enjutos, remediadas penas,

si ya te miro en mis amantes brazos,  
si el dulce fin de mis anhelos llega?

GARCÍA.

Y qué, ¿no hallaste acogida grata  
en el alcaide de esta fortaleza?...

ELVIRA.

¡Ay don García!... ¿Para qué mi pecho  
intentas afligir de esa manera...?  
El no verme cargada de prisiones...  
esa buena acogida me atormenta  
más que la esclavitud. Sí, tú lo sabes.

GARCÍA.

Perdona, Elvira... No..., jamás pudiera  
dudar mi corazón... Nunca...

ELVIRA.

¡Ay esposo!  
(Este nombre a mi labio hoy se conceda).  
¡Cuántas veces yo misma en este pecho  
al funesto puñal entrada diera,  
si tu amor no llegara a detenerme!

GARCÍA.

¡Qué horror!... ¡Elvira!... ¡Idolatrada prenda!  
Dios sobre tu existencia vigilaba,  
Dios, que nunca abandona la inocencia.  
Mas di: ¿por qué de hermano el dulce nombre  
me diste en tu papel?... Di...

ELVIRA.

Por cautela,  
por no dejar en boca de un esclavo  
tu vida y mi opinión tal vez expuestas.

GARCÍA.

Prudente aviso, Elvira. ¡Ah!, ya mi mente  
nuestra futura dicha me presenta.  
¡Cuán felices del Betis olivoso  
pisaremos las márgenes amenas,  
haciéndonos los lazos de himeneo  
los seres más dichosos de la Tierra!  
Sí. El claro sol en derredor del mundo  
no hará tres veces su inmortal carrera

sin vemos en unión indisoluble,  
justa corona a tan leal ternura.  
¡Santo Cielo, que siempre sobre el justo  
benigno protector constante velas!,  
bendice nuestra unión... Pero ya, Elvira,  
te debo hablar de la intentada empresa.  
¿Dónde está tu mansión?...

ELVIRA.  
En esa estancia.

GARCÍA.  
Pues cuando en medio de la excelsa esfera  
la plateada luna por los aires  
esta noche derrame su luz bella,  
daré asalto a este fuerte con los míos.  
Yo he recorrido en torno las almenas,  
y el sitio registré por do el asalto  
será seguro y la sorpresa cierta.  
Procura no salir tú de tu estancia  
cuando el estruendo de las armas sientas,  
no peligre tu vida idolatrada  
en tanta confusión.

ELVIRA.  
¿Y qué?... ¿No fuera  
mejor, amado esposo, que ahora mismo  
huyéramos los dos? Se nos presenta  
ocasión oportuna... Disfrazada  
saldré contigo por la oculta puerta  
que te condujo aquí...

GARCÍA.  
¡Cielos!... ¿No adviertes  
los horrendos peligros que nos cercan?  
¡Elvira idolatrada! ¿No conoces  
la imposibilidad?... ¡Ay!... Nunca fuera  
capaz yo de exponer tu cara vida  
de tal modo... ¡Qué horror!...

ELVIRA.  
Temo a mi estrella  
si otra vez me separo de tus brazos  
¡García!... Amado esposo, ¿no pudieras  
sacarme en el momento de estos muros?

GARCÍA.

¡Imposible!... ¡Ay de ti... nos sorprendieran!  
¡Ah!... Vales mucho, idolatrada esposa,  
y tienes mil espías siempre alerta.  
¿No es más seguro que las cortas horas  
que ya del claro día sólo restan  
esperes, dueño amado?... ¿No conoces  
el éxito seguro de la empresa  
que tengo meditada?

ELVIRA.

¡Esposo mío!...

### ESCENA VIII

Los mismos, Ismán, Laura y, luego, Caleb

LAURA

(Agitada). ¡Señora!..., ¡Ay Dios! ¡Ay Dios!...

ISMÁN. (Precipitado).

Ya de la selva  
se retira Aliatar, y a Aljama viene.

ELVIRA.

¡Ismán! ¡Laura! ¡García!

ISMÁN.

Está muy cerca.  
Vamos, cristiano, al punto, que peligran  
nuestras vidas aun más de lo que piensas.  
Huyamos. Tú, Caleb...

CALEB.

No tardes; vamos.

ELVIRA.

Huye, García infeliz.

GARCÍA.

¡Adiós! No temas;  
el cielo nos protege.

ISMÁN.

Castellano,  
sígueme; ven.

CALEB

Señor, no te detengas.  
¡Adiós, Elvira!... ¡Adiós!

ELVIRA.

¡Adiós, García!  
¡Honrado Ismán!... El Cielo te defienda.

### ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Ismán, solo

ISMÁN.

La suerte favorece mis designios  
y facilita todos mis intentos.  
Esta noche veré por siempre roto  
el yugo vil con que enlazó mi cuello  
el destino cruel, y el amor mío  
no podrá ya temer ser descubierto.  
Esta hermosa cautiva, que me ha visto  
ser de su libertad el instrumento,  
¿podrá negarse a mi amorosa llama,  
si no de amante, de obligada al menos?  
Su hermano, que por mí sólo consigue  
estrecharla otra vez contra su seno,  
¿podrá negarse a que mi esposa sea  
cuando igualo a su noble nacimiento?  
No... no se negará... Si los blasones  
sostiene de sus ínclitos abuelos,  
yo de la egregia estirpe esclarecida  
del alto rey David también desciendo.  
Pero... si la altivez, si el necio orgullo  
de estos cristianos tan debido premio  
a su libertador tal vez negaran,  
entonces, ¡oh furor!... ¿qué me detengo?...  
Mi afrenta, mi ignominia al brazo mío  
dieran impulso y sanguinoso acero  
para alcanzar por fuerza... Mas ¿quién viene?

## ESCENA II

Ismán y Caleb

CALEB.

A preguntarte, caro amigo, vengo  
si dejaste en salvo a don García,  
y si se cumplirán nuestros intentos.

ISMÁN.

Sí, Caleb; sin peligro entre los suyos  
dejé al noble cristiano, ya resuelto  
a asaltar con denuedo estas murallas,  
en cuanto tienda por el ancho cielo  
su negro manto la callada noche;  
hemos quedado entrambos de concierto,  
y viendo estar en sueño sepultados  
el alcaide y los suyos, con silencio  
tú y yo la puerta oculta que conduce  
a lo interior del foso falsearemos,  
y con una linterna desde el muro  
daremos la señal... Mas di: ¿quisieron  
tal vez los dos hermanos ausentarse?  
¿Oíste sus palabras?

CALEB.

Sí; encubierto  
en este sitio presencié cuidadoso  
cuanto entre ellos pasó.

ISMÁN.

¿Qué se dijeron?

CALEB.

Las palabras más dulces y expresivas,  
que inspira amor a los amantes tiernos.

ISMÁN. (Con inquietud).

¿Cómo, Caleb?

CALEB.

Sí, amigo. ¿Tú creíste  
que eran hermanos? No lo son, por cierto.

ISMÁN.

¿Pues qué?

CALEB.  
No, Ismán.

ISMÁN.  
Caleb... Dime: ¿te burlas?

CALEB.  
¿Cómo, si esperan verse de himeneo  
con los dichosos nudos enlazados?  
Sí, no lo dudes. Don García mismo  
preguntó a la cautiva por qué causa  
de hermano el nombre disfrazado y tierno  
le daba en tu mensaje; y ella, astuta,  
dijo que para no dejar expuesto  
su delicado honor.

ISMÁN.  
(Conteniendo el furor). ¡Caleb!... ¡Oh rabia!  
Tus palabras, ¡oh Dios!, cruel veneno  
esparcen por mis venas. Sí... tus labios  
me hundén, desventurado, en hondo infierno.  
¿Conque ese don García no es hermano  
de Elvira?... ¡Ay infelice!...

CALEB.  
Ismán, yo creo  
que no lo deba ser, pues, cual te he dicho,  
trataron de su próximo himeneo.

ISMÁN.  
Pero dime, Caleb, ¡oh rabia!, dime;  
¿los escuchaste bien?... ¿Estás tú cierto...?

CALEB.  
Tal vez me engañaré; pero no dudes  
que la cautiva, con amante extremo,  
llamó esposo mil veces al cristiano.

ISMÁN.  
¡Esposo!... ¡Oh confusión!... Di: ¿y el perverso  
le preguntó por qué de hermano el nombre...?

CALEB.  
Y ella le dijo que por no exponerlo,

ni tal vez mancillar su lustre y fama.

ISMÁN..

(Con extremo furor)

Basta..., basta, Caleb...

No más... Te entiendo.

¡Pérfida!... Pues en vano te complaces  
en burlarme... ¡Infeliz!... No... Tus intentos  
no llegarán a colmo..., Ismán lo jura;  
jamás verás logrados tus deseos.

CALEB.

Bien te lo dije, Ismán. Mas ¿qué te importa?

Consigamos salir del cautiverio,  
ya que nos favorece la fortuna,  
y a más gran recompensa lograremos  
de estos cristianos.

ISMÁN.

Calla. El labio sella.

Ni libertad ni recompensa quiero.

Vengarme sólo de tan torpe engaño.

Venganza y sangre es sólo mi deseo.

Infame, ingrata, desleal, perjura...

Venid, horribles furias del averno;

venid a darme ayuda; venid todas

a desgarrar mi envenenado pecho.

¡Caleb!... ¡Caleb! Con la perjura sangre  
de esa cautiva vil saciarme anhelo.

En sangre han de inundarse estos salones.

Ella ha de ver ante sus ojos muerto

a su amante infeliz. En vano entonces,

al notar cuál me gozo en su tormento,

piedad implorará..., sí.

CALEB.

Que se acerca

Elvira a este lugar.

ISMÁN.

Disimulemos,

que así conviene a mi venganza. ¡Oh rabia!

ESCENA III

Los mismos y Elvira

ELVIRA.

Ismán, honrado Ismán, mi triste pecho  
saber anhela si a mi hermano en salvo  
dejaste. Ansiosa tu respuesta espero.

ISMÁN.

(Reprimiendo la ira). ¿A tu hermano?  
¿A tu hermano? Nada temas:  
ha quedado seguro...

ELVIRA.

¿Y lograremos  
esta noche feliz...?

ISMÁN.

(Con gran furor). Sí; de tus tramas  
conseguirás el merecido premio.

ELVIRA.

(Con gran sobresalto).  
¡Ismán!... ¡Ismán!...  
Extraño tu lenguaje...

ISMÁN.

Y yo la alevosía de tu pecho.  
Sí, cristiana infeliz; en vano esperas  
lanzar el yugo de tu infame cuello;  
jamás, jamás. El hado te condena,  
y yo también, a eterno cautiverio.  
Prepárate a sufrir tu horrenda suerte...  
Harto te digo... ¡Adiós!... Caleb, marchemos.

ESCENA IV

Elvira, sola

ELVIRA.

Ismán, Ismán.... ¡oh Dios!, detén el paso,  
explícate..., ¡ay de mí!..., oye, te ruego.  
¡Infelice mujer!... ¡Suerte mezquina!  
¿Qué mudanza es aquésta, justo Ciclo?

¿Por qué de tal manera furibundo,  
lanzando de su vista vivo fuego,  
habrá dicho que el hado me condena,  
y él mismo, a esclavitud y a yugo eterno?  
¡Desventura fatal! ¡Ah!... Ismán, sin duda,  
mi cautela y su engaño ha descubierto.  
Bien me decía Laura, bien decía;  
ya se verificaron sus recelos.  
Mas ¿cómo habrá sabido...? ¡Amarga suerte!  
Patente está a sus ojos el secreto.  
¡Cuán incauta, cuán llena de alegría  
esperaba lograr, hace un momento,  
libertad, dicha, amor!... Y todo, todo  
desaparece, ¡infeliz!, cual leve sueño.  
Para siempre he perdido la esperanza;  
sólo morir es mi único remedio.

## ESCENA V

Elvira y Aliatar

ALIATAR.

¡Siempre, siempre llorar! ¿Y por qué, Elvira?  
¿Qué esperas conseguir?... Depón el ceño.  
Vano es el combatir contra la suerte,  
y es tu suerte feliz quien ha dispuesto  
que vivas siempre dentro de estos muros,  
que con mi mano a tu albedrío ofrezco.  
Corresponde a mi amor, y enjuga el llanto,  
inútil y sin fruto

ELVIRA.

¡Oh justo Cielo!

ALIATAR.

¿Aun persistes, esquivas y altanera,  
en desdeñar mi amor puro y sincero?  
¿No conoces, Elvira, que tu estrella...?

ELVIRA.

¡Señor!..., ¡ah! Por piedad, dejadme os ruego.  
Permitid que a mi estancia me retire.

ALIATAR.

(Deteniéndola). Esperad, esperad; pues que mis ruegos nada alcanzan con vos; pues mi cariño no consigue ablandar tu esquivo pecho, ya ofende a mi poder tanta esquividad y ni un instante más sufrirla quiero. Considerad que sois esclava mía, que así el alto destino lo ha dispuesto, y que es impropio de mi excelso estado humillarme a rogar; por hartos tiempos toleré tu desdén, que ya me cansa, cuando ciega obediencia exigir debo. Recordad que la suerte a este castillo os trajo, y que a Aliatar os dio por dueño. A este Aliatar, que al punto el duro yugo quitó, piadoso, a tu oprimido cuello. A este Aliatar, que en vez de las cadenas sólo os ha dado libertad y obsequio. A este Aliatar, que os brinda con su mano, con su poder y con su amor extremo. A este africano, en fin, que, degradado, de que era tu señor caso no haciendo, sin usar del dominio que le es propio quiso tu esclavo ser...

ELVIRA.

Señor, mi pecho tu piedad agradece y tus favores; conozco tu poder, y lo respeto; mas no puedo fingir, y de mi labio sólo oiréis la verdad. Si vuestro intento al quitar de mis manos las prisiones y el duro yugo de mi humilde cuello fue esperando rendir el pecho mío, fue juzgando que amor os diera el premio, desengañaos en fin. Soy vuestra esclava, ser vuestra esclava y nada más pretendo. No esperéis más de mí. Si con mi llanto, si con estas palabras os ofendo, mi vida, está, señor, en vuestras manos; del infeliz la muerte es el consuelo.

ALIATAR.

¡Oh, qué extrema altivez!... Injusta Elvira, Elvira idolatrada, di: ¿merezco...?

ELVIRA.

Dejad, señor; dejad ese lenguaje,  
que en vano os fatigáis...

ALIATAR. (Con extremo furor).

¿Qué me detengo?

Altanera cristiana, ya tu llanto,  
tu inflexible altivez y tus desprecios  
me insultan, sí, me insultan... Oye y tiembla,  
a tu libre elección dejarlo quiero.

Oye y tiembla, infeliz: o bien mañana,  
antes que el sol esconda sus reflejos,  
accedes a mi amor, o entre cadenas,  
para sufrir eterno cautiverio,  
de una horrenda prisión en las tinieblas  
pasarás de tu vida el triste resto.

Tú misma has de elegir...

ELVIRA.

Ya está elegido.

ALIATAR.

Piénsalo, que harto plazo te concedo;  
piénsalo bien, cuidado no te engañes.  
Tu suerte está en tu mano.

ELVIRA.

¡Santo Cielo!

ESCENA VI

Aliatar, solo

ALIATAR.

¿Más que yo ha de poder una cautiva?  
Ceda a la fuerza quien desoye el ruego.  
Pero Zayde se acerca

ESCENA VII

Aliatar y Zayde

ZAYDE.

Ni en tu estancia  
ni en el muro, Aliatar, jamás te encuentro.  
Y siempre en este sitio, do sin duda  
a la cautiva esperas... Me avergüenzo  
de verte así, Aliatar...

ALIATAR.

No, Zayde..., amigo...  
Conozco la razón... Estoy resuelto  
a salir del estado miserable  
en que el tirano amor me tiene puesto.  
Acabo de intimar a esa cristiana,  
acabo de intimarle hace un momento,  
que, ya cansado de su ceño altivo,  
a prisiones perpetuas la condeno.  
Si no accede a mi amor, al punto, al punto,  
el yugo infame enlazará su cuello,  
y abrumada de férreos eslabones  
acabará su vida en hondo encierro.

ZAYDE.

¿Y qué juzgas lograr?... Di... ¿Qué adelantas?  
Resolución tan bárbara no apruebo,  
y muestra más y más el triste estado  
en que esa vil pasión tiene tu pecho.  
¿A qué oprimir sin fruto a esa infelice,  
que desde el calabozo, entre los hierros,  
triumfa siempre de ti?... ¡Ah! ¿No conoces  
que vencer tu pasión es el remedio  
que te resta, Aliatar, para que puedas  
cumplir contigo y con tu cargo excelso?  
Con tu amor empañaste tus hazañas  
y el claro brillo de tus altos hechos;  
con tu amor olvidaste la custodia  
de este castillo, que a tu cuida y celo  
confió Abenamet, y tu cariño  
de lástima y de burla te hace objeto.  
Tus iguales se mofan de tu estado,  
tus súbditos te miran con desprecio,  
y nadie puede obedecer gustoso  
al que es esclavo vil de sus deseos.  
¿Y cuándo, ¡oh Dios!, tu crédito abandonas?  
¿Y cuándo tu opinión estás perdiendo?  
Cuando te está la suerte convidando  
tal vez con la diadema y con el cetro.  
Granada, dividida en mil partidos,

a tu ambición presenta un campo inmenso.  
Sabes que no te faltan partidarios,  
¿y tú, en vicios sumido, corres, necio,  
en pos de una cautiva, y, para colmo,  
resolución tan negra te has propuesto?

ALIATAR.

Pues, Zayde, ¿qué he de hacer?

ZAYDE.

Y qué, ¿lo dudas?

Esa infame pasión en el momento  
lanzar lejos de ti, y a esa cristiana  
dejar en libertad, vuelva a su suelo.  
Cobra el grande rescate que te ofrece,  
con que darás a tu partido aumento,  
y volverás a amar sólo la gloria,  
que el amor debe ser de los guerreros.

ALIATAR.

Cesa, Zayde; jamás. ¿Qué me propones?  
¿Separarla de mí?... ¡Nunca!

ZAYDE.

Me afrento  
de escucharte, Aliatar... Eres indigno  
de ser noble adalid de sarracenos,  
que siempre despreciaron los placeres,  
que honor y nada más apetecieron.  
Mas, ¡ah!... Dios vengador ve tu ignominia,  
y ve tu infame amor... Será funesto  
a Aljama, a ti, a todos los valientes  
que con mengua y rubor te obedecemos.  
Ya no eres Aliatar. Si en este punto  
las huestes castellanas el acero  
empuñasen, talando nuestra vega,  
de contenerlos te faltará aliento,  
preso en los viles brazos de una esclava,  
en molicie y regalos entendiendo...  
No extrañes, Aliatar, si llega un día  
en que el obedecerte desdeñemos,  
que los que son valientes se degradan  
a un hombre afeminado obedeciendo.

ALIATAR.

¡Ay Zayde!... ¡Amigo Zayde!... Te aseguro

que yo mismo de verme me avergüenzo.  
Mas no, ya vuelvo en mí... Sí..., esa cautiva  
verá de su altivez el justo premio.  
No la veré jamás. Pero en prisiones  
ha de acabar su vida; logre al menos  
el placer de oprimirla y de vengarme.  
Ya su amor se ha borrado de mi pecho.

ZAYDE.

¡Con qué facilidad suelen los hombres  
engañarse al juzgar de sus afectos!  
Jamás, jamás tu corazón ha ardido,  
como al presente, en tan infame fuego.

ALIATAR.

No me conoces, Zayde, no...; te juro  
que a esa cristiana vil ya la detesto.

## ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Aliatar, solo

ALIATAR.

En vano lidio por lanzar del pecho  
esta pasión, cuya ferviente llama  
se aumenta más y más... De esa cautiva  
el honrado desdén me abrasa el alma.  
¡Con cuánta dignidad!... ¡Con qué nobleza  
resiste mi cariño!... Ni la espanta  
el rigor de su suerte miserable,  
ni la prisión que eterna le amenaza.  
Ni mi poder, ni mi furor, ¡oh cielos!...  
¿Por qué ha de ser tan bella y tan ingrata?  
¡Ah!... Me falta valor para oprimirla...  
¿Qué pronuncio?... ¡Oh furor!... ¿Es ya mi alma  
capaz de compasión?... ¡Nunca!... Padezca  
los mayores tormentos esa esclava,  
que ha osado resistir a mis caprichos.  
Sufra todo el rigor de mi venganza,  
pues por su amor, de afrenta, de ignomia  
he cubierto el laurel de mis hazañas,  
he perdido el respeto de los míos,

y hasta mi autoridad se ve menguada.  
Pueda más que el amor mi justo orgullo,  
conozca mi rencor esa cristiana,  
y Zayde y los valientes que me cercan  
vuélvanme a respetar. Veán que de Aljama  
soy digno alcaide. De Aliatar admiren  
la crueldad y el poder... Mas, ¡ah!, me falta  
aliento en tal contraste... ¿Ellos pretenden  
que me separe de mi prenda amada?  
Y Zayde altivo... ¡oh Dios!..., todos anhelan  
que al punto Elvira de estos muros salga...  
¡Mi autoridad peligra!... Si en prisiones  
la sumerjo, ¡infeliz!... ¡Ay, cuál mi alma,  
combatida de afectos diferentes,  
en tan furioso mar triste naufraga!...  
Yo, caudillo de heroicos musulmanes,  
caudillo en los consejos y batallas,  
siempre prudente, siempre valeroso,  
¿ora dudo qué hacer?... ¡Estrella aciaga!  
Esta feroz cautiva a mis halagos  
jamás se rendirá... En condenarla  
a horrores, a cadenas, a tormentos,  
¿qué consigo?... ¡Ay de mí! ¡Triste venganza!  
Mi gloria va a ofuscarse... El civil fuego  
de la horrible discordia arde en Granada;  
tal vez lograr pudiera la corona,  
pues no la desmerece mi alta fama.  
Los Gomeles serán mis partidarios...  
¿Y olvidado de todo y apagada  
mi ambición, en descuido, en llanto inútil,  
sólo busco los brazos de una ingrata?...  
No..., no... Ya resolví. Recobre Elvira  
su ansiada libertad... Vuelva a su patria,  
y siembre allá la perniciosa guerra  
que en mi pecho sembró... Mas, ¡ah!, ¿me falta,  
me falta ora el valor?... No... Triunfe, triunfe,  
la ambición del amor. Quede humillada  
mi pasión infeliz..., sí..., en el momento...  
¡Hola, esclavos, Caleb!...

## ESCENA II

Aliatar y Caleb

CALEB.

Señor, ¿qué mandas?

ALIATAR.

Caleb, al punto dile a esa cautiva  
que en este sitio su señor la aguarda.

### ESCENA III

Aliatar, solo

ALIATAR.

Vuelvo a ser quien solía. Ya conozco  
que la antigua grandeza amortiguada  
me vuelve a reanimar. Pueda la gloria  
más que una pasión vil... Recobre el alma  
su lustre y su poder.

### ESCENA IV

Aliatar y Caleb

CALEB.

Señor, Elvira.

ALIATAR.

Entre Elvira, Caleb.

### ESCENA V

Aliatar y Elvira

ELVIRA.

Señor, tu esclava,  
obediente, cual debe a tus preceptos,  
llega humilde a saber...

ALIATAR.

(Reprimiendo el dolor). Noble cristiana,  
ya cesó vuestro afán. En cuanto brille  
en Oriente la luz de la mañana

el venidero sol, podéis volveros,  
libre de esclavitud, a vuestra patria.

ELVIRA

(Arrodillándose) ¡Señor!... ¡Noble Aliatar!...  
Dejad que llegue mi humilde labio a tu gloriosa planta.  
¡Oh Dios!... ¡Oh Dios!...

ALIATAR.

Alzad. De dos esclavos,  
y del valiente Zayde acompañada,  
del término saldréis de este castillo.

ELVIRA.

De tu glorioso pecho ya esperaba  
tan generosa acción. ¡Ah!... Con volverme  
mi dulce libertad, más gloria ganas  
que con todos los triunfos y laureles  
que adquirió tu valor y noble espada.  
El gozo que reluce en mi semblante  
dirá mi gratitud, no mis palabras;  
será eterna en mi pecho, y no cumpliera  
con lo que debo a vos si os ocultara  
que no hallando remedio a mi infortunio,  
avisé de mi suerte desgraciada,  
para lograr tal vez...

ALIATAR.

¡Hola!, ¿quién llega?...

ESCENA VI

Los mismos, Zayde e Ismán

ZAYDE.

(Apresurado). ¡Huye de aquí, infeliz!... ¡Huye, cristiana  
fementida!...

ELVIRA.

¡Señor!... ¡Cielos!...

ALIATAR.

¡Amigo!

ZAYDE.

Oye, Aliatar, y tiembla: que esa esclava se ausente en el momento.

ELVIRA.

¡Oh negra suerte!

## ESCENA VII

Los mismos, menos Elvira

ZAYDE.

Escucha de este esclavo las palabras.  
De tu infame pasión verás el fruto:  
tu ruina lograste y la de Aljama.

ALIATAR.

(Sobresaltado). ¡Zayde!..., ¿qué dices?... No te entiendo, amigo.

ISMÁN.

(Aparte). Buen principio ha tenido mi venganza.

ZAYDE.

Díselo al punto, Ismán.

ALIATAR.

Ismán, ¿qué es esto?

ISMÁN.

Los deberes, señor, no completara  
propios de mi lealtad si un solo instante  
tardara en anunciaros que amenaza  
un asalto y sorpresa a este castillo.

ALIATAR.

Ismán, ¿cómo?

ISMÁN.

Las huestes castellanas  
emboscadas están en esa selva,  
y a favor de la noche se preparan  
a sorprender el muro, y fuego y sangre  
derramar en el término de Aljama.

ALIATAR.

¿Qué escucho?... ¡Eterno Dios!...

ISMÁN.

Traen por caudillo  
a un noble, amante de esa vil esclava.  
Y, de acuerdo con ella, ha preparado  
la sorpresa, señor, que te amenaza.

ALIATAR.

¡Cielos!... Amigo Ismán, ¿estás tú cierto...?

ISMÁN.

No lo dudes, señor. Esta mañana,  
después que a caza fuiste, los contornos  
del castillo tranquilo paseara,  
cuando noté que del vecino bosque  
un hombre solo a mí se encaminaba.  
Le aguardo sin recelo, y reconozco  
ser un antiguo amigo, que en Arabia  
conmigo se crió, y a quien los hados,  
haciéndole correr fortunas varias,  
trajeron a este suelo, a ser esclavo  
de un infanzón de la orgullosa España.  
Me dijo que, sabiendo casualmente  
que yo contigo en este fuerte estaba,  
nuestra amistad antigua recordando,  
salió a buscarme en toda la comarca  
para ponerme con su aviso en salvo  
y del común peligro me librara.  
Yo, aparentando con sagaz astucia  
agradecer su fina confianza,  
quise informarme más, y más a fondo,  
y me contó, señor, que esa cristiana,  
que esa Elvira engañosa y detestable,  
burlando mi continua vigilancia,  
de avisar a su amante halló manera  
su estrecha esclavitud, su suerte amarga;  
y que su amante (que es, según me dijo,  
un prócer poderoso, sus escuadras  
juntando en el momento, vengativo,  
determinó asaltar estas murallas,  
para poner en salvo a la cautiva,  
para tomar de ti negra venganza.  
Yo, atónito y pasmado con tal nueva,  
darle completo crédito dudaba.

Y para cerciorarme, al punto mismo  
me acerco con mi amigo a la enramada  
selva, y allí, señor, miré la hueste,  
y advertí la verdad de sus palabras.  
Mil cristianos de a pie vieron mis ojos,  
y cien caballos más. Noté sus armas,  
sus empresas, sus rostros furibundos,  
que al vivo arrojó y altivez retratan;  
cierto ya del peligro, con cautela  
doy a mi amigo mil fingidas gracias,  
y aparentando que a sacar cuidadoso  
cuanto me pertenece, torno a Aljama,  
vuelo ansioso, señor, a noticiarte  
la próxima ruina que amenaza  
a este castillo, a tu glorioso nombre  
y a cuantos sarracenos te acompañan.

ZAYDE.

¿Que dices, Aliatar?... ¿Salieron ciertas  
mis sospechas?... ¿Conoces de tu llama  
las funestas resultas?... ¿Satisfecho  
estás de tu pasión?...

ALIATAR.

Amigo, basta.

Tu celo, Ismán, será por mí premiado,  
y tu lealtad verás recompensada...

A nadie, a nadie digas que el cristiano  
está tan inmediato a esas murallas.

Nadie lo sepa, mientras yo dispongo  
remedio a tanto mal y salvo a Aljama.

Retírate...; tendrás tu recompensa.

ISMÁN.

(Aparte). Ya estoy vengado... Tiemble esa cristiana.

## ESCENA VIII

Aliatar y Zayde

ZAYDE.

¿Qué dices, Aliatar? ¿Qué dices?

ALIATAR.

¡Zayde!,  
que soy blanco de penas y desgracias...  
Cuando ya renunciando para siempre  
a esa pasión, que me devora el alma,  
iba a dar libertad a esa cautiva

ZAYDE.  
(Con asombro). ¿A darle libertad?...

ALIATAR.  
De eso trataba  
cuando llegaste aquí... Mas ya, ¡oh destino!,  
¿qué me resta que hacer? ¡Suerte tirana!,  
¿qué me resta que hacer?... ¡Ay Zayde! ¡Ay Zayde!

ZAYDE  
Salir al campo, y que las nobles armas  
escarmienten las huestes españolas.

ALIATAR.  
¡Ah fementida!... ¡Ah pérfida cristiana!  
Venganza horrible tomará mi afrenta.  
Cuando, movido de piedad extraña,  
iba a arrancar el yugo de tu cuello,  
¿me vendes con tal vil y astuta trama?

ZAYDE.  
Justo era que esa infiel sólo anhelase  
libre volver a recobrar su patria.  
Tú eres sólo el culpado. Tú, que, ardiendo  
del vergonzoso amor en la vil llama,  
acordaste vencerte, ¡oh mengua!, cuando  
ya no es posible reparar tu falta.  
Tu situación conoce...; ya no puedes  
dejar en libertad a esa cristiana:  
lo que antes, hecho a tiempo, hubiera sido  
nuevo esplendor y timbre a tus hazañas,  
ora fuera vergüenza, cobardía  
y descrédito tuyo y negra infamia...  
Tú has labrado tu afrenta. Tú has labrado  
la miserable suerte de la esclava.  
Y qué, ¿dudas qué hacer?

ALIATAR.  
(Con extremo furor). No, no lo dudo.  
Este puñal..., la vengativa saña

que enciende mi semblante...

ZAYDE.

¿Qué?... ¿Qué dices?

ALIATAR

Lo demuestran.

ZAYDE.

¡Aliatar!

ALIATAR.

Venganza.

Venganza sólo anhelo, sólo, Elvira,  
nunca a tu amante abrazarás... ¡Ingrata!  
Zayde, en su sangre..., en este punto...

ZAYDE. (Deteniéndole).

Espera.

¿Adónde, adónde tu pasión te arrastra?

Ese horrendo furor, ¿dónde te lleva?

Vamos a combatir; allí te aguardan  
los cristianos. Con ellos tu osadía  
debes mostrar; sus orgullosas lanzas,  
tus dominios, tu honor y hasta tu vida,  
Aliatar, por momentos amenazan.

¿Y quieres malograr tu excelso brío  
en crueldades sin fruto?

ALIATAR.

¡Oh negra rabia!

ZAYDE.

Ya los momentos urgen. ¿A qué esperas?

Acomoda al turbante la celada,  
ciñe la cota y el bridón previene,  
empuña la tajante cimitarra  
y vamos a vencer.

ALIATAR.

Desprevenidos  
estos muros están.

ZAYDE.

Qué, ¿te acobardas?...

ALIATAR.

!Acobardarme?... ¿Qué profieres? ¡Nunca!

ZAYDE.

¿Somos pocos? Más gloria nos alcanza;  
y seremos sobrados, sí, sobrados  
para tomar en polvo, en humo, en nada,  
de los cristianos el poder y orgullo;  
segura es la victoria. Toque al arma  
la ronca trompa; júntense al momento  
en redor de la luna musulmana  
todos los esforzados sarracenos  
que habitan en los términos de Aljama;  
todos en pos de ti salgan al campo...

ALIATAR.

A gozar el placer de la venganza,  
a saciarnos de sangre fementida...

ZAYDE.

A dar nuevo esplendor a nuestra fama.

## ACTO QUINTO

Noche, y sólo ilumina la escena un hacha.

### ESCENA PRIMERA

Elvira y Laura

ELVIRA.

¡Laura!... ¡Querida Laura!... ¡Cruel destino!...  
¿Dó estoy?... ¡Triste de mí!... Ven, dulce amiga;  
consuela a esta infeliz... Dios bondadoso,  
eterno Dios, que sin cesar vigilas  
sobre el que es inocente, no abandones  
a esta triste mujer.

LAURA.

¡Ay doña Elvira!  
Sosiega el corazón. Di: ¿qué adelantas  
con tu copioso llanto?...

ELVIRA.  
Laura mía,  
ese pérfido esclavo..., ese perverso...

LAURA.  
Mi labio, sin cesar, te lo decía.

ELVIRA.  
Ahora conozco tu razón... ¡Ay triste!  
Bien me pronosticaste...

LAURA.  
¡Ah!... ¿No advertías  
la negra llama que en su infame pecho  
llegastes a encender?

ELVIRA.  
¡Suerte mezquina!  
¡Jamás, jamás el inocente alcanza,  
de un pecho infame, las dobladas miras!  
¿Quién pudiera esperar me descubriera  
no ser mi hermano el triste don García?  
¿Y quién imaginara tal venganza,  
tan horrible crueldad, tanta perfidia,  
en quien sólo honradez aparentaba?  
¡Oh falsedad!... ¡Oh engaño!... Dime amiga,  
dime: ¿será el Destino tan injusto,  
tan injusto y cruel, ¡ay!, que permita  
que triunfe ese Aliatar?... ¡desventurada!  
¡Esposo idolatrado!..., ¡mi García!...  
¡Ah!, ¿rendirás el generoso cuello  
de ese bárbaro infiel a la cuchilla?  
¡Qué horror!... ¡Laura!... ¡Ay de mí!... ¡Dios justiciero!  
¡Sí!... Ya le veo..., ¡infeliz!... ¡Ay!

LAURA.  
Doña Elvira,  
modera tu aflicción. Tu triste pecho  
te representa tan fatal desdicha;  
no así pierdas del todo la esperanza.  
Nada temas, señora; don García,  
sin duda, triunfará.

ELVIRA.  
¡Laura!... ¿Lo esperas?

LAURA.

Mi corazón, señora, lo presagia;  
cuando la rige tu gallardo amante  
la hueste castellana es siempre invicta;  
su noble brazo, su esforzado aliento,  
sin duda humillará la saña altiva  
del bárbaro Aliatar, que apenas pudo  
juntar pequeña escuadra desprovista  
de armas y de valor... No temas nada..

ELVIRA.

Temo al rigor del hado, a la maligna  
estrella, que sañuda me persigue  
desque empecé a gozar la luz del día.  
¡Ay Laura! Tú, que fuiste mi consuelo,  
el único consuelo y la delicia  
de mi pecho infeliz, desde el momento  
que entre cadenas me encontré cautiva,  
compadece mi suerte miserable;  
ten lástima de mí..., ¡Laura querida!...  
¿No escuchas el estruendo de las armas?  
¿No escuchas el clamor y vocería  
que en el vecino campo...?

LAURA.

Sí; a lo lejos.  
El rumor del combate.

ELVIRA.

Corre, amiga,  
corre a esa estancia que domina el campo,  
y a favor de la luna, atenta mira  
el sitio do el rumor de la batalla...  
Tal vez conocerás...

LAURA.

Voy, doña Elvira,  
y desecha el temor. Mi pecho espera  
que pronto entre tus brazos don García  
te contará su triunfo.

ELVIRA.

¡Plegue al Cielo  
dar fin tan halagüeño a mis desdichas?

## ESCENA II

Elvira, sola

¡Oh Dios! ¡Ay qué inquietud reina en mi alma!  
Desastres y desastres pronostica  
mi infeliz corazón... ¿Será el Destino  
tan injusto y cruel..., ¡ay!, que permita  
al inicuo triunfar?... ¡Ah! La fortuna  
está en contra de mí bien decidida.  
Sí; todos mis intentos ha frustrado.  
Por donde quier que grata me ofrecía  
un rayo de esperanza, en el momento  
lo ha arrebatado a mi angustiada vista.  
Ese hebreo feroz..., ese perverso...  
Mas yo soy la culpada... ¿Quién debía  
de un alma vil, de un corazón infame,  
esperar más que negra alevosía?  
¡Oh desgracia implacable!... ¿Quién dijera,  
cuando hace cortas horas, embebida  
con el dulce placer de la esperanza,  
en los amados brazos de García,  
miraba como cierta mi ventura;  
quién, que tanto pesar, tanta fatiga  
me esperara?... ¡Infeliz!... El cruel alcaide,  
a un momento no más, enternecida  
su alma feroz, por fin, del cautiverio  
me iba a volver la libertad perdida;  
y todo, todo desaparece al punto,  
se tornan en baldones las caricias,  
el rendimiento amante en amenazas  
y en eterno llorar tanta alegría.  
Y ¿qué me resta, ¡oh Dios!...? Sólo la muerte.  
Despareció la grata perspectiva;  
do quier sombras y luto, horror y sangre,  
se representa a mi angustiada vista,  
y para completar mis infortunios,  
¿triunfará el africano?... ¡Don García!  
¡Oh tormento cruel!... ¡Tal vez la suerte  
en este punto de mi bien me priva!  
¡Qué horror!... ¡Triste mujer!... ¿Y ya qué esperas?  
Sí; mi temor es cierto... Más distintas  
escucho ya las voces... Ya las armas,  
¡ay triste!, a la muralla se aproximan.

¡Vencieron!... ¡Ay!... ¡Vencieron!... Sí; ya veo  
con sangrientas hondísimas heridas,  
muerto mi dulce amante... ¿Y yo no muero  
a manos del pesar?... ¡Estrella impía!  
Dios, vengador del inocente... ¡Cielos!...  
¿Qué es esto?... ¡Ay infeliz! Mi pecho agita  
un presagio cruel... Yo desfallezco...  
Laura... ¡Cruel Aliatar!... ¡Noble García!...  
¿Qué extraña confusión?... ¿Qué estruendo horrible?  
¿Quién se acerca?... ¿Qué escucho?

### ESCENA III

Elvira y Laura

LAURA.

Dame albricias.

Vencido es Aliatar.

ELVIRA.

¿Vencido?... ¡Oh gozo!

¿Es cierta, Laura, es cierta tanta dicha?...

LAURA.

La blanca luz de la argentada luna  
ha hecho patente a mi anhelosa vista  
el suceso feliz. El campo todo  
brillaba con las armas y divisas;  
conocí los turbantes berberiscos,  
distinguí los pendones de Castilla,  
vi el brillo de las armas refulgentes,  
y entre la confusión se descubrían  
a los nuestros vencer. Dudoso estuvo  
un momento el combate. Al fin, yo misma  
vi a los bárbaros, rotos y deshechos,  
huir con espantosa vocería,  
y al pie del muro vienen fugitivos,  
y en pos los castellanos... ¡Oh alegría!  
Ya estamos libres, oye cual se acercan...  
Sin duda es el valiente don García.

ELVIRA.

¡Laura!... ¡Qué horror... ¿Qué escucho

ALIATAR

(Dentro). Cuesten caras al menos nuestras vidas.  
Amigos, resistid; antes convierta  
el vencedor los muros en ceniza  
que nos mire rendidos.

ELVIRA.

¡Ay Dios mío!

ALIATAR.

Zayde, en tu esfuerzo mi esperanza cifra  
todo su apoyo. Heroicos sarracenos,  
la libertad de Aljama se os confía.

ELVIRA.

Dame tus brazos, Laura.

LAURA.

Nada temas.

ALIATAR.

Si se pierde el honor, nada es la vida.

ELVIRA.

Laura, Laura... ¡Qué horror!

#### ESCENA IV

Las mismas y Aliatar, con dos esclavos moros

ALIATAR.(Con extremo furor)

Infame esclava,  
cristiana detestable y fementida,  
lograste el fin de tus perversas tramas;  
mas no verás el fruto a tu perfidia...  
Sí...; me ha vencido tu infeliz amante...  
Ha sabido librar su infame vida  
del furor de mi lanza, ha conseguido  
un triunfo indigno de su infiel cuchilla,  
he perdido la flor de mis guerreros,  
la flor del heroísmo y valentía.  
Ismán y Moraycel y mil valientes  
murieron. ¡Oh furor!... ¡Oh aciago día!  
Sí; todo lo perdí... Tu falso pecho

regocíjese infiel en mis desdichas  
un momento no más. Sí; que venganza  
voy a tomar en tu infelice vida.  
Ya está tu amante dentro de estos muros,  
dueño de Aljama ya, mas no te libra.  
Te tengo en mi poder, y satisfecho  
va a quedar mi rencor...

ELVIRA.  
¡Cielos!... ¡Amiga!

LAURA.  
Por piedad, por piedad... ¡Oh Dios eterno!

ELVIRA.  
Noble Aliatar, ¿es de tu fama digna  
tan negra acción?... Ten lástima, te ruego.  
¿Yo he de ser sólo el blanco de tus iras?  
¿Con mi sangre tus manos...?

LAURA.  
¡Justo cielo!

ALIATAR.  
(Saca un puñal).  
Levantad, miserables; se aproxima  
el momento fatal...

LAURA. (Levantándose y poniéndose delante de Elvira).  
En vano, en vano;  
ven a nuestro socorro, ¡oh don García!

ALIATAR.  
¿Osas tú resistir, desventurada?  
Prepárate a morir, perversa Elvira.

ELVIRA.  
¡Cielos! ¡Cielos! ¡Oh Dios! Dios justiciero,  
castiga de este bárbaro la indigna  
y atroz acción.

ALIATAR.  
Elvira, el labio sella.  
¿Te atreves a insultarme?

ELVIRA.

Sí; tus iras  
no me acobardan, tu puñal no temo.  
El Cielo vengador ve tu perfidia...,  
y la castigará.

ALIATAR.  
(Le da de puñaladas). Muere, perversa.

LAURA.  
¡Bárbaro!

ELVIRA.  
(Cayendo muerta) ¡Justo Dios!... ¡Ven, mi García!,  
amado esposo... Laura... ¡Cielos!

LAURA.  
¡Monstruo!  
¡Qué horror? Monstruo cruel, hiere este pecho.  
Sí; hiéreme también... Ya se aproxima  
tu castigo, infeliz...

ALIATAR.  
Al punto, esclavos,  
arrastrad de este sitio a esta cautiva,  
que no es víctima digna de mi brazo.  
Arrastradla, arrastradla, que no exista  
ni un momento. Matadla; muera luego.

LAURA.  
¡Oh Dios! ¡Eterno Dios!...  
(La llevan los esclavos)

ALIATAR.  
Vuestra cuchilla  
no perdone un cautivo; mueran todos  
los que, encerrados en la oscura sima,  
del subterráneo existen; mueran, mueran.  
Que se inunden en sangre fementida  
los cimientos de Aljama; sangre y muerte  
encuentre sólo el vencedor

## ESCENA V

Aliatar, solo

ALIATAR.

¡Oh ira!

¡Oh furia! Ya se acercan... Ya ha cesado  
el rumor de las armas. De Castilla  
tremola ya el pendón sobre estos muros...  
Triunfaron... ¡Ah!... ¡Y aún Aliatar respira!...  
Mis ojos, si mis ojos se complacen  
en ver a esa infeliz... Se regocija  
mi corazón al ver su sangre...

GARCÍA. (Dentro)

Basta.

Tiempo es de que el enojo se reprima.  
Perdonad los rendidos... El alcaide...

## ESCENA VI

Aliatar, García y soldados castellanos con luces

GARCÍA.

Aquí se encuentra... ¿Dónde está mi Elvira?

ALIATAR.

Ahí la tienes...

GARCÍA.

(Corriendo al cadáver). ¡Qué horror! ¡Esposa amada!  
¡Idolatrada esposa!... ¡Ah, no respira!  
¡Cielos! ¡Triste de mí!... ¡Bárbaro inicuo!  
¡Sangre adorada!... ¡Dueño de mi vida!  
Te perdí para siempre... ¡Ay Dios!... Sí..., muere,  
asesino...

(Se levanta, va a Aliatar metiendo mano a la espada, y luego se detiene)

Mas no, que acción indigna  
fuera de un generoso castellano  
matar a un vil inerme..., tu perfidia  
más castigo merece... de un verdugo.  
A manos morirás con ignominia,  
sufriendo antes los hórridos tormentos  
a que mi justo enojo te destina.  
¡Hola!, cercadle.

ALIATAR.

Espera, castellano.

Desprecio tu altivez. Tu pena misma  
es mi gozo mayor. Triunfar lograste  
de mí en el campo, pero aquí no triunfas.

Venciste al alcaide de estos muros,  
no venciste a Aliatar. En vano aspiras  
a vengarte de mí, pues este acero  
sabr  librarme de tus negras iras.

(Se mata)

Fin de «ALIATAR»